



**HAL**  
open science

# La colonización del saber. Una historia de las plantas del "Nuevo Mundo" (1492-1750)

Samir Boumediene

► **To cite this version:**

Samir Boumediene. La colonización del saber. Una historia de las plantas del "Nuevo Mundo" (1492-1750). 2025. <halshs-04980650>

**HAL Id: halshs-04980650**

**<https://shs.hal.science/halshs-04980650v1>**

Submitted on 6 Mar 2025

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

## Prólogo a la edición latinoamericana

Este libro se publicó en Francia hace casi diez años. Revisando la traducción al castellano, me di cuenta de que ahora lo siento ajeno en ciertos aspectos. Y no me refiero específicamente a los nuevos aportes de los trabajos que se publicaron sobre el tema en este tiempo, sino a un conjunto de cambios ocurridos simultáneamente en la marcha del mundo y en mi modo de pensar y vivir.

Aunque sigo estudiando temas relacionados con los del libro (recursos naturales, la dimensión política de la incorporación, los conflictos de saberes), ahora, mi principal interés radica en la cuestión de los desechos, la basura, pero de una forma particular que deriva directamente de *La colonización del saber* y cuya aclaración, según creo, proporcionaría una clave para su lectura.

En su primera versión francesa, este libro expresó cierta hostilidad hacia la moda de las historias “globales”, “conectadas” y sobre el tema de las “circulaciones”. Desde entonces, parece que denunciar la propensión a ver “globalización” y “circulación” por todos lados se convirtió también en otra moda. Pero el propio problema sigue sin resolverse. Mi intención principal al formular esta crítica no era matizar el alcance de las conexiones ni demostrar que ciertas cosas no se mueven, lo cual sería bastante trivial. Mi objetivo, más bien, era señalar –y en esto, la lectura de obras feministas como las de Londa Schiebinger fue una importante fuente de inspiración– que la circulación de un producto siempre involucra la “no circulación” de algo. Por ejemplo, es muy útil para una empresa que desea poner en circulación sus mercancías ocultar cierta información importante sobre las condiciones de producción de esas mismas mercancías. En este sentido, las “conexiones” son en parte procesos de separación.

En *La colonización del saber*, desarrollé estas ideas enfocándome sobre todo en la historia de los saberes y, más precisamente, en la historia de aquellas plantas medicinales que he definido como “materiales-saberes”. Mis investigaciones actuales plantean el mismo problema de una manera todavía más arraigada en la materia, un enfoque que hubiera querido incorporar en este libro.

Estudiar el desecho, desde mi perspectiva, no solo consiste en estudiar la gestión de la basura: consiste, más bien, en mostrar que el uso de cualquier cosa implica, en primer lugar, deshacerse de aquello que se considera inútil en ella. El desecho no viene después, sino antes del uso. No es un efecto secundario y potencialmente evitable, sino la condición insuperable de cualquier relación con la materia.

La ventaja de este enfoque es relevante para entender la llamada “crisis climática” que vivimos y evaluar las soluciones propuestas. La acumulación de desechos que tienen que afrontar los seres humanos, en especial la parte más pobre de la población mundial, no deriva de la ineficacia en la gestión de esos desechos, sino de la eficacia de la producción capitalista. Porque que el único indicador fiable del crecimiento es la acumulación de desechos. Si queremos reducir los desechos, tenemos que empezar por reducir la producción. Y si encontramos otra técnica complementaria para tratar los residuos, primero tenemos que preguntarnos cuánta basura produce el desarrollo de esta solución. Esta contabilidad recursiva es decisiva: nos recuerda que la política es siempre una cuestión de incorporación. ¿Qué metemos en nuestros cuerpos? ¿Cuántos residuos incorporamos a nuestras maneras de vivir?

A otro nivel, la crisis política del clima incorpora en su seno cierta evolución del capitalismo que creo necesario llamar *colonización*. Como proceso de explotación económica, la colonización consiste en transferir “recursos naturales” –lo que en el lenguaje de la época moderna se llamaba “riquezas”, “tesoros” o “regalos”– de las “Indias” hacia Europa. Pero esta definición no alcanza. A decir verdad, la mayoría de la riqueza producida en “América” a lo largo del periodo colonial no llegó a Europa. A la luz de esto, entonces, ¿deberíamos abandonar el uso del término *colonización*? Otra

opción sería interpretar este dato refiriéndonos al “costo del imperio”, calculando rendimientos, etc. También sería posible discutir la noción de *extracción* y *extractivismo*: si solo una parte menor de las materias valorizadas (y una parte mucho más pequeña de los saberes) llegó realmente a Europa, tal vez el “extractivismo” no sea la clave para hablar de colonización.

Generalizando lo que he hecho en este libro al estudiar la no circulación de plantas medicinales, me parece que la mejor manera de entender la colonización es medir la cantidad de materias no valorizadas que permanecen en América. Porque esas materias no valorizadas, esos desechos, contaminaron y siguen contaminando cuerpos humanos, animales, insectos, plantas, suelos, ríos y aire.

Hablar de capitalismo y de colonización es hablar de esa parte oscura que no ha enriquecido a Europa, pero que sí ha empobrecido a América durante siglos. Aquí está el verdadero “costo” de la colonización, que Europa nunca tuvo que pagar sino muy indirectamente.

Es cierto que, a menudo, el desecho puede ser reintroducido en el ciclo de producción –en especial en la era preindustrial–. Pero –y tengo que confesar aquí la profunda influencia del segundo principio de la termodinámica en mi trabajo– siempre hay algo que no se puede reintroducir. Esto es especialmente cierto en un sector en el que la mayoría de los residuos no pueden reutilizarse: la minería.

Aunque el papel económico de la actividad minera es evocado en las siguientes páginas, sobre todo en el capítulo dedicado a la coca, este libro intentó contar otra historia de la colonización. A través de las plantas y de las medicinas, se trataba de entender el tipo de control que se puede ejercer sobre los modos de vida y el papel que desempeña el conocimiento en las innumerables formas de resistencia que se le oponen.

Sin embargo, la dominación colonial alcanzó su dimensión más brutal en la mina. El mayor objetivo de mi investigación actual, en particular mediante el estudio de un manuscrito desconocido del siglo XVII, es demostrar que la actividad minera está determinada principalmente por la cuestión de los desechos. Dentro y fuera de las galerías, el trabajo fundamental de los mitayos, de las mujeres, de los niños, de los animales, de las máquinas o del

fuego fue el de deshacerse de materias no valorizadas. Ya que el término “extractivismo” pone el foco en el valor final, contribuye en ocultar esa dimensión. Quizás sería más adecuado hablar de “desechivismo”, pero no aprecio los neologismos. Así que, cada vez que la palabra “extracción” aparece en este libro, me gustaría que se hiciera presente en la mente de lxs lectorxs la cantidad de materia no utilizada que, no obstante, tiene que ser gestionada por alguna entidad.

Al hablar de “colonización del saber”, yo quería investigar cómo las cosas vinculan a personas que se ignoran. Ahora bien, este proceso de interdependencia y fragmentación de destinos se basa en una inmensa producción de residuos.

Por todo lo dicho, este libro no es una historia de las Américas, del “Nuevo Mundo” o de Abya Yala. Es más bien una historia de lo que llamaré desde ahora la “Europa colonial”, es decir, de la imposición, más o menos efectiva según las épocas, de una *economía de contaminación*.

Dos comentarios sobre este punto. En primer lugar, cabe destacar que esta economía de la contaminación también se originó en continentes distintos de Europa. Así, se puede hablar de la Asia colonial, de la Rusia colonial y, por supuesto, de la América colonial, por razones que se remontan al proceso de independencia. En segundo lugar, cabe destacar que esta economía de la contaminación también se desarrolló dentro de Europa. Aunque a menudo adoptara formas menos violentas que fuera de Europa, hubo colonización en el “Viejo Mundo” y, en mi opinión, hay ciertas ventajas políticas en recordarles a las personas que viven en Francia, Inglaterra o Alemania que ellas también pueden proceder de poblaciones colonizadas.

La historia de esta Europa colonial tiene una larga cronología, del siglo XV al siglo XXI. Por eso, resulta fácil comprender por qué la especialización académica, tan central en la estructura de la historia como disciplina, carece de sentido. Nada debería impedir a un especialista en la era moderna estudiar períodos más recientes; pero, a la inversa, también es cierto que quien quiera entender el presente tiene que interesarse en comprender épocas más remotas.

Si utilizo la expresión “Europa colonial”, es también para dejar en claro que no soy “americanista”. He pasado mucho tiempo en varios países del continente americano, tengo amigos ahí y una parte de mi corazón se quedará allá para siempre. Pero no tengo ninguna legitimidad, ahora que este libro va a difundirse en América, para presentarme como un especialista de esta parte del mundo. Lo único que ofrezco aquí es una reflexión documentada sobre la historia de la Europa colonial. Espero que, y no dudo de que así será, sea superada por quienes viven allí y que comprendan fácilmente hasta qué punto mi juicio es limitado.

Quiero agradecer a Thara, Cris y Ángela, quienes a través de esta traducción manifestaron una prueba de amistad poco común. También tengo que expresar mi admiración por el trabajo hecho por Andrés y Elina.

La belleza de la palabra *huéspedes* es que se refiere tanto a las personas que acogen como a las que son acogidas. En ambos sentidos, he tenido inolvidables huéspedes en América Latina que desearía mencionar para concluir: Alí, Samadhí, Erika, Hernando, Iván, Claudia, Mónica, la familia Guerra Rudas. Tal vez no lo saben, pero son pocos los días en los que no los recuerdo. Aunque nuestras conversaciones sean sobre todo internas, imaginarias pero muy reales, serán mis huéspedes para siempre.

Septiembre 2024